

La esperanza tiene alas

Fernando Torre, msps

El profeta Isaías, cuando habla de la esperanza, utiliza como metáfora las alas: «Los que esperan en el Señor tendrán nuevas fuerzas, emprenderán el vuelo como si tuvieran alas de águila, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán» (Is 40,31).

También la beata Concepción Cabrera relaciona la esperanza con las alas: «La esperanza es la fe de los deseos; y es más, es una virtud teologal. [...] Esta virtud encantadora [...] tiene alas y con ellas nos levanta sobre la tierra y sobre nosotros mismos para hacernos hallar la eterna hermosura de la luz sin sombras, el foco de la dicha perdurable»¹.

«La esperanza es la fe de los deseos». En varios textos de la Sagrada Escritura, la fe y la esperanza están relacionadas; una se explica por la otra (cf. Hb 1,11)². Somos incesantes generadores de deseos; y, cuando tenemos o percibimos los medios para realizarlos, los deseos ceden su lugar a la esperanza.

Las virtudes teologales nos hacen entrar en contacto con Dios. Para orar, para convivir con los demás y para realizar una acción apostólica o caritativa solo necesitamos fe, esperanza y caridad. Estas virtudes son un don que Espíritu Santo nos otorgó en nuestro bautismo. Si las ejercitamos crecen –como los músculos–; si las echamos al olvido disminuyen y pueden morir de inanición.

Con sus alas, la esperanza nos levanta de nuestras caídas, fracasos y tristezas, y de nuestra tendencia gravitacional hacia «la tierra», hacia lo que nos aleja de Dios. También nos levanta sobre nuestro egoísmo, pasividad y pesimismo, sobre nuestra búsqueda de gratificación, nuestra indiferencia ante sufrimiento ajeno, sobre nuestra falta de amor al prójimo.

La esperanza nos levanta para llevarnos a nuestro Dios-Trinidad y disfrutar de su presencia y su amor ya desde esta vida; y al final de nuestros días, nos levantará para llevarnos al cielo y allí «hallar la eterna hermosura de la luz sin sombras» y disfrutar «la dicha perdurable».

¹ C. Cabrera, *Rocío del purgatorio*, Escuela Tipográfica Salesiana, México 1921, 399-400.

² Cf. Benedicto XVI, Encíclica *Spe salvi* (30 noviembre 2007) 2-9.